

## NOTAS

### EL PADRE RAFAEL LEON, SACERDOTE EJEMPLAR

Al cumplirse 25 años desde que el Excelentísimo Señor Cayzedo ungió sacerdotalmente las manos del Padre Rafael León, su ministerio ha sido una cadena ininterrumpida de esfuerzos sacerdotales, de sacrificado ejercicio en el apostolado.

En las coadjutorías de Girardota y Sonsón y en el Internado de la Universidad Pontificia Bolivariana, se le han conocido aquellos hermosos atributos sacerdotales que esmaltan su persona. Tenaz en el cumplimiento del deber hasta en los más mínimos detalles; lleno de unción en las prácticas de la liturgia sagrada; leal sin dobleces en la amistad; sincero y honrado. Lleno de amor por las almas y fuerte con la fortaleza de Dios. Es un sacerdote que trabaja sin quejarse, que no se cansa, no obstante lo variado de sus atribuciones y obediencias; hábil en el manejo de estudiantes, excelente compañero sacerdotal, estudioso y artista, las facetas de su personalidad son múltiples pero son armónicas.

Es un artista en la pintura y numerosos graduados conocen las excelencias de su mano privilegiada y de su fértil imaginación. Músico igualmente y compositor de algunas obras litúrgicas de canto y armonía, llenas de dulzura y unción sacerdotal.

La Revista de la Universidad Pontificia Bolivariana reitera en esta fecha su admiración y devoción por la obra y la persona del ilustre levita.

### PANEGIRICO PRONUNCIADO EN LA BASILICA DE MEDELLIN EN HONOR DE SAN AGUSTIN

*Por Jesús Bernal Vélez, Pbro.*

*"Gratia Dei sum id quo sum et gratia ejus in me vacua non fuit".*

*"Por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia no estuvo ociosa en mí".*

Corintios 15, 10

Con grande júbilo espiritual la Iglesia entona hoy sus himnos de agradecimiento al Señor de los altares, para tributarle la gratitud y reconocer la fecundidad eterna de su seno en el florecimiento de los santos que lo engrandecen y lo glorifican acá en la tierra.

Celebramos el décimo sexto centenario del nacimiento de San Agustín y conmemoramos las Bodas de Plata de la Comunidad de sus hijos, en su arribo a esta ciudad, que ve en ellos los continuadores sin segundo de la obra magnánima en virtud y santidad que un día legara el Padre egregio a la posteridad.

Y había de ser aquí donde todos anillados en fraternal abrazo cerca del altar del Señor, levantáramos también nuestra voz para cantar las glorias de este genio de la humanidad, de este patrón espiritual del mundo, de este gigante atleta de Jesucristo; con razón que Bussuet llamara al santo obispo de Hipona "águila de los padres, docto de los doctores, Agustín incomparable, el más grande de los ingenios, en quien se encuentra la mayor inteligencia que puede tener el hombre; apóstol de la gracia, predicador de la predestinación".

Monseñor Carrasquilla dijo: "En el edificio de los siglos cristianos han levantado a la doctrina católica, San Agustín hizo el oficio de David, que allegó riquezas y materiales para el templo de Jesuralem; y Santo Tomás se asemejó a Salomón quien con los tesoros de su padre, y con otros que él supo procurarse, dió cima a la portentosa fábrica". Y de él escribió Bougaud: "Es preciso remontarse hasta San Pablo para encontrar un amor de Dios tan ardiente como el de San Agustín, y hay que descender hasta San Francisco de Sales para hallar una dulzura con el prójimo como la de nuestro santo".

Canten otros al filósofo profundo, al discípulo de Cicerón en su libro "El Hortensio", diluciden con maestría al que asimiló a Platón como ninguno, cuya escuela le abrió el camino para llegar hasta la Biblia y hacerse el más fiel discípulo de San Pablo; parecidos por el genio, por el ardor, por los extravíos, tenía que establecerse entre ambos, una ardiente simpatía.

Yo quiero en esta ocasión solemne ensalzar al genio, sí, al genio, pero iluminado por los resplandores de la gracia, sublimado por los portentos de las misericordias de Dios, al santo, al que derribado por la gracia invisible de lo alto, un día memorable para la ciencia y la virtud, fue visto caer del corcel de sus errores y montó en la augusta carroza de la verdad llevando a todos los siglos la antorcha de la sabiduría que habría de iluminar a la humanidad.

Cuando Jesucristo decía a sus apóstoles "Vosotros sois la luz del mundo" no sólo profetizaba el nacimiento de aquel sol esplendoroso de civilización cristiana que desde el Calvario había de inundar los rincones más apartados, sino que anunciaba el sublime don de la ciencia que infundiría a los discípulos para que sirviese de faro a los hombres en la peregrinación por la vida.

Esa sabiduría trocó a los ignorantes pescadores en oráculos de la verdad, esa, la que en el discurrir de los tiempos suscitó falanges de sabios a los que apellidamos los Padres de la Iglesia. Con ese don de sabiduría, regalado por el Espíritu Santo, cada verdad miró a su lado un atleta, cada error sintió su muerte, cada misterio vió surgir un apologista.

Con sangre de sus venas Ignacio de Antioquía defendió la jerarquía de la Iglesia delante del judaísmo que brotaba como en los troncos viejos brotan los retoños; San Justino y Tertuliano impusieron el silencio; Cipriano sostuvo la primacía del Pontífice a costa de su propia vida. Cuando quisieron los negadores de la divinidad del Verbo encarnado, poner su velo de tinieblas, se levantaron Atanasio, Basilio y León el Grande; con el lampo de oro de su palabra encendida en la fragua del amor, el Crisóstomo arrastró a los pueblos; San Jerónimo estremeció los desiertos al explicar la palabra de Dios y San Bernardo cuando aún sentía sobre el acantilado las furiosas olas de la herejía, que ya iban

domándose, anunció el paso del diluvio, mostrando la oliva de la grandeza y misericordia de María.

Quién iba a cantar después de San Pablo la sabiduría que se encierra en la locura de la cruz; quién iba a descubrir el secreto de las iniquidades de los hombres y las repentinas conversiones del alma; quién era aquél que con maestría sin igual, bajando al abismo oscuro del corazón humano nos hablase de las operaciones de la gracia sobre los seres? No otro que Agustín, el que palpó los vergonzosos extravíos a donde conduce la profana resistencia; esta águila de atrevido vuelo que levantándose por encima de las cosas materiales, llegó hasta el mismo Dios y entre incendios de amor, le arrancó las llaves del arca misteriosa que guarde los prodigios y tesoros de la gracia.

Cuando San Gregorio Nacianco quiso cantar las glorias de San Basilio dijo: "Non tan Basiliium quam virtutes omnes praedicabo". No a Basilio, sino todas las virtudes predicaré. Así nosotros ante la figura colosal del Padre San Agustín.

Ante él, los pecadores, nos hemos de sentir alentados con la esperanza; los justos animados por la caridad; los ignorantes podrán buscar en él sabiduría; los sabios enderezar la ciencia por los caminos de la humildad; los tibios calentarse ante la hoguera de su corazón y todos, aprender lo que realiza la gracia cuando prestamos a ella la cooperación necesaria para las transformaciones en busca de la santidad.

Entre Dios y el alma hay relaciones de un orden sobrenatural y misterioso, todo enlazado por el anillo de oro de la gracia. Aunque nuestro tiempo crea, como el Pontífice actual dice, más en el oro de los bancos, en la habilidad de los políticos, en la fuerza de las armas, que en la gracia sobrenatural, hemos también de afirmar, por fuerza de nuestra fe, que ella es la única palanca que puede levantar la naturaleza del hombre a la perfección verdadera de su ser; que ella es la sola llave que puede abrir al hombre la puerta de sus inmortales delicias.

El adorable misterio de la Encarnación del Verbo y la redención del hombre dejaron el camino abierto entre la tierra y el cielo e hicieron posibles el enriquecimiento de éste con los tesoros de la misericordia divina.

Cómo podría el hombre, arcilla deleznable y quebradiza, justificarse para emprender el camino que lleva a Dios sin un auxilio, sin un socorro especial que empujara su voluntad al bien; cómo podría purificarse para llegar hasta el heroísmo de la santidad sin una fuerza que le sostuviera en medio de las debilidades inherentes a nuestra baja condición? Sólo la gracia es capaz de elevar al hombre a realizar las proezas de la santidad, del vencimiento, del heroísmo.

Quitemos la gracia, aplicación gratuita de los merecimientos de Cristo, y un espeso velo de tinieblas y de errores cubrirían el alma. Cómo se explicaría el llamamiento a la fe, la utilidad de los preceptos, la sanción de las leyes divinas, el fruto de los sacramentos, los dones del Espíritu Santo y toda la economía de la perfección.

Es este dogma de la gracia, como la ha enseñado la Iglesia, en los Concilios de Calcedonia y Trento, y tal como lo explica San Agustín, el guía luminoso que desde la montaña de la fé, alumbró la historia del ángel en el cielo, la de Adán en el paraíso y nuestra propia historia en el destierro de la vida. Es ella la que con una multitud de formas, como nos habla San Pedro, nos hace caminar de virtud en virtud hasta la visión beatífica de Dios, que es el término de toda santidad y perfección.

## Notas

A esa variedad de operaciones que posee la bendita gracia de Dios, se debe el que en el alma de Agustín se operasen tan variadas transformaciones con delicados matices.

Decía Santo Tomás de Villanueva: "Así como el sol aventaja a los demás astros, así San Agustín aventaja a todos los hombres con excepción de los Apóstoles". "Sicut sol caetera astra, sic caeteros omnes post Apostolus Agustinus".

Nadie como él pudo presentarse en el escenario del mundo con un mayor caudal de gracias para brillar entre los hombres y ser grande entre los grandes. Arrullada su cuna por las palmeras de Tagaste, caldeada su inteligencia por los soles del Africa, con la triste herencia del paganismo representado en Patricio su padre, y la santidad del cristianismo personificada en las virtudes de Mónica, Agustín está llamado a levantarse por encima de los humanos como un día Saúl fue visto por encima del pueblo de Israel.

Bella infancia la de Agustín; una madre toda hecha de ternuras, que acaricia su frente y presentía de antemano las recias tempestades que sucederían a la bonanza de sus días inocentes; una madre que ante las preguntas llenas de penetración del niño sabía responder con un ingenio que asombra. Cuántas veces anticipadamente regaría el rostro de su hijo con las lágrimas oyendo a lo lejos la borrasca maniquea, o viendo al hijo de sus entrañas discutir con su padre los áridos problemas de las doctrinas enigmáticas.

A los alegres días de la niñez y la inocencia transcurridos bajo la sombra maternal, sucederían los días en que la voluntad se doblegaría ante las furias de los errores. Dios, en su conducta sapientísima, deja que nosotros obremos movidos por la libertad que un día nos entregara como el campo abierto para todo merecimiento y no habrá de sanarnos de nuestras dolencias sin preguntarnos como al paralítico del Evangelio: "Vis sanus fieri". No penséis, dice San Agustín que se os trae a pesar vuestro, el espíritu no tiene más trabas que el amor. No es la fuerza, la que hace obrar sino el amor. La gracia como enseña San Bernardo "es la que excita el libre albedrío; cuando siembra el deseo, cura; cuando cambia el afecto, fortifica para conducir a obrar; conserva, para hacernos evitar la recaída. No la gracia, ni la libertad obran en particular sino que obran ambas sobre la totalidad del ser".

Sea anatema, declaró la Iglesia en Trento, aquél que dijere que el libre albedrío del hombre, movido y excitado por la gracia de la justificación ninguna parte toma en la determinación de la voluntad.

Oh misterio de Dios, mientras la gracia omnipotente en su principio que es la voluntad de Dios, en la consecución de sus fines, se hace instrumento de nuestros caprichos, de nuestra mala inclinación.

Así se explica la fiera oposición que al principio presentó Agustín ante las solicitudes de la gracia de Dios para su alma. Y el que como dice un célebre escritor, pudo ser el maestro de todos los filósofos paganos a los dieciséis años quedó enredado en los sofismas y prendida su alma ante los lazos que a su lado se tendían.

No es la ocasión de examinar cuáles las causas que lo precipitaron por aquellos abismos; si el haber faltado el sagrado sello del bautismo, o la soberbia que sus talentos le inspiraron o el fuego de las pasiones que hervían en su pecho.

Las escuelas de Modaura, los ateneos de Cartago y las cátedras de Roma y de Milán nos dicen cuáles y cuántos sus errores; las orgías de los jóvenes en Tagaste o Roma, las angustias de Mónica cuando se desploma en las pla-

## Notas

yas de Cartago, nos hablan de sus pasiones desbordadas, sin que el dique de las lágrimas maternales pudiera contenerlas.

Con todo la gracia no le abandona, solicita su corazón, su libertad. Golpea a las puertas de su razón que en vano se hunde en los problemas del alma sin encontrar solución a sus dudas "Nada hay tan misterioso como los medios de que Dios se sirve para hacer llegar la gracia al corazón de un hombre".

"Ya viene como sucedió a Pablo milagrosamente; ya por los caminos más triviales y aparentemente inadecuados. Una palabra del Salvador convierte a la Samaritana, una sola mirada de Jesús hace brotar el más amargo arrepentimiento en el corazón de Pedro. Una lectura piadosa forma de un mundano militar el fundador de la Compañía de Jesús y una sola palabra de San Ignacio lanza a San Francisco Javier por el camino de las Indias, que fue para él el de la gloria y una circunstancia insignificante fue la que determinó la conversión de San Agustín".

Cuál había de ser la piedrecilla con que este Goliat habría de derribarse?

Allá en un templo de Cartago, dedicado a San Cipriano, en las horas tranquilas de la noche, bajo la suave luz de una lámpara, una mujer estaba postrada de rodillas ante el ara de un altar. El velo de la viudez cubría su frente, sus manos cruzadas en el pecho, clavados sus ojos en el cielo y trocados en fuentes de lágrimas sus ojos, y ahogada en sollozos y suspiros Mónica parecía más que mujer, la estatua del dolor, levantada sobre el pedestal de la esperanza. Desde que lo vió como barca sin timón en medio de las tempestades su pan y su sueño era la oración y el llanto.

Señor, exclamaba: "Tú puedes, salvar a mi hijo, apíadate de mí. Vuélvelo desde el desierto de sus males y errores al tibio regazo donde le enseñé a nombrarte. Si es aceptable mi vida te la ofrezco con tal que me vuelvas el alma de mi hijo".

Agar no quiso ver morir de sed a Ismael en el desierto y pidió a Dios un milagro y un ángel abrió a sus plantas una fuente de cristalinas aguas. La viuda de Naím, pidió con lloros a Jesús la vida para el hijo único y el Maestro lleno de compasión lo resucitó. Cómo no había de escuchar la súplica cargada de fe de aquella madre? "Va a Milán que un ángel de la Iglesia va a consolar tu alma". Y más claramente escucha una voz que agrega: "El hijo de tantas lágrimas no se perderá".

Hacía tiempo que la inteligencia tan avezada a penetrar en los misterios de la vida, y el corazón abierto como una rosa a todos los vientos, hacía tiempo que no encontraba reposo ni sosiego. Los libros santos habían ya hecho un hondo surco, las amonestaciones de Simpliciano le habían encendido el corazón como lo afirma en sus Confesiones. Pero todavía no alcanzaba a romper los grillos y cadenas que le oprimían. "Dos voluntades, una antigua y otra nueva; aquella carnal y ésta espiritual batallaban entre sí y con esta discordia disipaban y destruían a mi alma".

Escucha absorto la vida de Antonio, la austeridad de aquella vida y el rigor de la penitencia abren a su espíritu atormentado una ventana al cielo y cuando compara la suya entregada a la libertad con aquella servidumbre a Dios, y cuando pesa en la balanza de su conciencia las penitencias y austeridades del anacoreta con sus liviandades, dice a sus amigos: "Los indoctos se levantan de la tierra y se apoderan del cielo y nosotros con todas nuestras doctrinas sin juicio ni cordura, nos estamos revolcando en el cieno de la carne y de la sangre?"

## Notas

Quiero estar solo agrega un día y corre a ocultarse en la soledad de los árboles de un huerto. Corre Agustín que la soledad y el silencio siempre han sido fecundos... el desierto de la Arabia oyó los llantos de Pablo y vió el armarse de caballero de Cristo al que había sido su perseguidor.

La gracia de tal modo lo ilumina que al fin lo subyuga. Su cuerpo se estremece, sus ojos buscan al cielo, se mesa los cabellos, entre sollozos y lágrimas se levanta.

Venciste Señor, exclama y cae de rodillas para escuchar la voz de un ángel que le habla y le invita a leer el Libro Sagrado de las Escrituras, donde encuentra la página de San Pablo que le da un rumbo definitivo a su vida.

Ambrosio a lo lejos se prepara para derramar sobre su cabeza el agua regeneradora del bautismo. No en vano había pedido al Señor la luz para aquel esclarecido retórico que defendía con ardor doctrinas envueltas en los sofismas; su mirada de varón esclarecido había adivinado en aquel ardoroso joven un fondo de sinceridad que sería el camino para llegar la luz a su mente y bañarlo en los esplendores de la verdad revelada.

Monseñor Carrasquilla pinta con una belleza digna de su pluma aquella escena así: "Hermoso contraste formaban los dos santos padres el uno blanco de canas, después de una larga vida empleada en el servicio de Dios, inundado de gozo; el otro, en el vigor de la juventud, después de una vida de pecado, contrito y conmovido. Tal suele verse en una hermosa mañana, la luna que se esconde en occidente, en los momentos en que los primeros rayos del sol empiezan a iluminar la cima de las montañas opuestas".

La libertad vencida por la gracia, da sus frutos y en tan abundante cosecha que enriquecen el alma y preparan para la gloria de las alegrías inefables.

Agustín levantará el pedestal para que sobre él fulguren todas las virtudes cristianas. Podrá decir como San Pablo "Omnia possum in eo qui me confortat". Todo lo puedo en Aquel que me conforta.

Todos los pueblos y todas las edades sabrán de su humildad y la admirarán en aquella obra de sus Confesiones: "libro que no puede leerse sin derramar lágrimas". Los látigos de una penitencia atraerán a todos los que con él compartieron errores; la paciencia subyugará a quienes dialogaron en noches de estudio con él, para llevarlos a Cristo; la caridad trocará su corazón en una hoguera inextinguible.

Dicese que un día, en éxtasis, le preguntó el Señor, como en otros tiempos a Pedro: Agustín, me amas? Señor, repuso el santo, Tú sabes que te amo. Y qué grande es tu amor? Tan grande Señor, que si yo fuera Dios y Tu fueses Agustín querría ser Agustín para que Tú fueras Dios. Cuando Santa Teresa escribió aquel soneto que empieza "No me mueve mi Dios..." traducía una de las páginas que inspiró el amor de Agustín a Cristo Crucificado.

Cuál fue el fruto de la gracia cuando le dominó en su inteligencia? No sólo le mostró los caminos que había recorrido por el error maniqueo, para que tornara a quemar lo que había adorado, y adorara lo que había quemado, sino que desde entonces pareció que Dios le había suscitado para ser el campeón de la verdad en medio de la lucha más tremenda que ha conocido contra la Iglesia la herejía.

A los pies de Agustín iban cayendo rendidos por la dialéctica los herecías que tenían que decir como Juliano: "Venciste Galileo". Tocado ya por la gracia e iluminado por ella, el genio se alzó a las alturas para cantar en frase encendida las maravillas de Dios. Torrentes de luz parecían brotar de aque-

## Notas

lla pluma cuando trataba de penetrar en los misterios de la Trinidad de Dios, de la naturaleza, de la gracia, del libre albedrío, de la predestinación y del bautismo; parecían gemidos cuando como David, desde la lira del corazón con sus Confesiones, Retracciones y Soliloquios, lloraba sus extravíos; la fuerza del acero penetrando en el pecho del enemigo, es pálida imagen cuando escribía sus magistrales Cartas, Diálogos y Conferencias. Qué admirable aparecía cuando dictaba sus lecciones y disertaba sobre la música, la pedagogía, el arte, la poesía y cuando quería ponderar la Providencia, la Iglesia, los sacramentos, sus frases eran arrobos que llegaban a lo profundo del alma.

Para tener idea de cómo la gracia llegó al Sacerdote y al Obispo bastaría estudiar la transformación de aquella diócesis de Hipona que le fue impuesta por la obediencia; llegó a trocarse en la más floreciente viña del Señor, por la caridad de sus limosnas, el celo de su palabra, el espejo de su vida y de sus milagros.

Su amor al prójimo se patentiza cuando leemos aquellas frases escritas al calor de la caridad "Yo no quiero salvarme sin vosotros, no, Dios mío, yo no quiero salvarme sin el rebaño. Ojalá que ocupando el último puesto en el cielo, me vea yo allí rodeado de mis hijos. Para que hablo? Para qué soy obispo y para qué estoy en el mundo sino para vivir en Jesucristo".

"Este es mi anhelo, mi honor, mi gloria, mi tesoro".

La caridad fue ganando y ascendiendo en aquel corazón hasta poder decir como San Pablo: "Mi vivir es Cristo..." y al final de sus días cumplía sus setenta y seis años: "Heu mihi quia incolatus meus prolongatus est". Ay de mí porque se prolonga mi destierro. La gracia se manifestó impaciente por entregarle el último don, el galardón del cielo, la visión beatífica.

Tanto creció en su corazón el amor a Dios que se inflamó en la caridad más viva y consumido en sus llamas al final de su carrera y un día de éxtasis admirable en que dialogó desde su lecho de muerte con el Señor, después de haber recitado los salmos de David, cerró sus ojos a la vida temporal para abrirlos a la eterna.

Enseñenos a confiar en la gracia de Dios, aliéntenos en la jornada de la vida y un día alcancemos por su intercesión la gloria de Dios en la bienaventuranza. Amén.

## NUESTRA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

### *Por una Religiosa de la Enseñanza*

Se me ha confiado una misión tan grata como delicada, y bien quisiera estar a su altura, para poder sintetizar debidamente los fines de nuestra amada facultad, —que clausura hoy su tercer año de vida—, la labor realizada a través de este tiempo, y sobre todo, nuestra gratitud para con la Universidad Pontificia Bolivariana y para con todos los que han tomado parte, como factores activos, en la creación y sostenimiento de una obra, cuyo provecho nos ha alcanzado directamente y en primer lugar.

Segun la mente de la Iglesia, expresada por el Sumo Pontífice (Pío XII, Allocución al XXII Congreso de Pax Romana), "la universidad es un foco radiante de vida intelectual, en beneficio de la comunidad nacional", que, si es católica, realiza su empresa iluminada por los esplendores de la fe. Bien lo ha

comprendido la Pontificia Bolivariana, cuando en sus fecundos 18 años, ha ido atendiendo, con la creación de seis facultades y de diversas secciones, a las apremiantes necesidades de nuestro medio, puesta siempre la mirada en la noble meta de procurar el adelanto intelectual, enriqueciendo los espíritus. Por eso, al contemplar el problema de la mujer, necesitada y en muchos casos sedienta de sólido cultivo para su sér interior, y porque la Bolivariana camina al ritmo que le marcan las sabias directivas pontificias, fundó la Facultad Femenina de Filosofía y Letras, claramente orientada a una profunda y definitiva formación de las religiosas educadoras y de las señoritas que habrían de saciar en ella nobles aspiraciones, preparándose éstas y aquéllas, para ejercer en su medio una fecunda, real y cristiana labor de influencia.

Está a la vista el que la facultad, tal como fue iniciada por la Iglesia en la persona del Nuncio de entonces entre nosotros, Excmo. Sr. Antonio Samoré, y como fue organizada por la Universidad Pontificia Bolivariana, venía a llenar una necesidad de urgencia inaplazable. La pedían por una parte las nuevas exigencias creadas por la vida moderna, las actividades a que ha impulsado a la mujer, y en las que ella toma parte a veces de manera inadecuada por falta de preparación; por otra, el que la formación completa de las maestras y la certificación de su competencia por medio de títulos es un problema real de nuestros colegios, que en breve plazo exigirá urgente solución. Esto tanto más, cuanto que el deseo de la Iglesia es el de que, en manera alguna, los institutos de enseñanza católica queden a la zaga en cuanto a sistemas, organización y enseñanza, con relación a los institutos no católicos.

Pero para que la educación que impartimos sea tal como la reclaman las necesidades y como lo pide el Pontífice, es preciso que las educadoras poseamos no sólo la preparación científica y el título correspondiente, sino una orientación bien demarcada, respecto a las cuestiones a que ha de responder la pedagogía. Ahora bien: la filosofía es la base misma de toda disciplina educativa, y por eso la Universidad Pontificia Bolivariana eligió, para secundar los deseos de la Iglesia, la creación de una Facultad de Filosofía y Letras.

Sin poseer a fondo los principios de la filosofía cristiana, es bien difícil guiar a la juventud y caminar a salvo de los errores contemporáneos, para lo cual hay que emplear los sistemas pedagógicos realmente valiosos, que unen lo tradicional a lo moderno y que distinguen la verdad y el error. Sin algún conocimiento de la naturaleza del hombre, de las condiciones en las cuales actúa la sensibilidad, de las leyes del espíritu, de las características de la personalidad, del valor del sér humano por la dignidad de su origen y la sublimidad de su fin, es decir, sin una filosofía basada en los principios inmovibles del dogma y de la moral cristianos, el educador trabaja a oscuras y esto precisamente en un campo en donde se ponen en juego el porvenir cultural de la nación y el destino eterno de las almas.

La misión que la Facultad ha estado cumpliendo con nosotras, sus alumnas, ha sido la de nutrirnos con una verdadera sabiduría, formando nuestra personalidad intelectual por el cultivo del respeto y el amor a la verdad, preparándonos así para actuaciones personales y libres, propias de una madurez cultural; ha laborado por agilizar la inteligencia en la palestra filosófica, robustecer el espíritu con el alimento de una más profunda y amplia enseñanza religiosa, saciar el ideal de belleza con los modelos universales de la literatura y del arte, disciplinar y equilibrar el juicio al contacto con las lenguas clásicas, ampliar



## Notas

la capacidad de auto-instrucción por el estudio de los idiomas modernos, todo para que consigamos colocarnos a la altura de nuestro deber.

Por otra parte, ha contribuido a todo ello de una manera indirecta pero eficaz, el ambiente de nuestras aulas, esa hermosa fusión entre las niñas y las religiosas de seis institutos diferentes, que al permitir el intercambio de ideas y el conocimiento recíproco, nos ha hecho vivir más intensa y fructuosamente el espíritu católico de nuestra Santa Iglesia.

Muy especialmente ha tratado de conseguir la facultad, con relación a las religiosas, lo que tan bellamente expresaba S. S. Pío XII en su alocución al V Congreso de la CIEC: "Formar buenos maestros, con una clara conciencia profesional católica, con un alma ardiente de celo apostólico, con una idea exacta de la doctrina que debe penetrar toda su enseñanza, con una profunda convicción de servir a los más altos intereses espirituales y culturales, en un campo de privilegio y de responsabilidad especial".

Este ideal nos parece haber sido el norte de la dirección dada por Monseñor Félix Henao Botero a la facultad, en la escogencia de profesores, en la elaboración de los programas, que según dice el decreto de aprobación emanado del Ministerio de Educación, no sólo igualan, sino que superan a los de la Universidad Nacional.

A través del Rector Magnífico y del profesorado, nos hemos sentido también estrechamente unidas al alma de la Universidad, como lo estamos a su cuerpo, gozando con sus días de triunfo, doliéndonos con la magnitud de sus preocupaciones, enorgulleciéndonos con su prosperidad, y —lo que es un aporte valioso a nuestras vidas—, respirando el espíritu bolivariano. Ese espíritu que, si he llegado a comprenderlo bien, equivale a un estar siempre listo con las armas intelectuales y morales, en favor de la religión y de la sana libertad; a un aprestarse para ser soldado en defensa de los principios de una cultura espiritualista; a un catolicismo íntegro, que despliega orgulloso sus banderas en la vida diaria, impregnándola de fe, de rectitud, de nobleza, de alegría, de constancia y de patriotismo.

Por todo ello, por los reales valores adquiridos en estos años, por el beneficio hecho a nuestras Comunidades, a la sociedad, a la Iglesia, queremos dar las gracias a la Universidad, en la persona de su Rector Magnífico, Monseñor Félix Henao Botero, quien ha sabido aquilatar en nosotras el sentido de nuestra misión, cultivar la inquietud noble de llenarla a cabalidad y darnos los medios para cumplirla como conviene.

Gracias también a los estimados profesores, que desempeñando con eficiencia y sentido cristiano sus respectivas cátedras, han contribuido a esa delicada labor de enriquecer las inteligencias, proporcionando la ciencia, conforme a la verdad única del Evangelio, bajo la dirección de la Iglesia una y santa.

Se me perdonará que haga constar aquí también nuestro sentimiento de gratitud para con nuestras superiores quienes, después de proporcionarnos los medios para acendrar la formación necesaria a nuestro apostolado, han tratado de hacer fructuosos los esfuerzos diarios, estimulando, alentando, manteniendo encendida la luz del ideal sobrenatural. Lo mismo a nuestras respectivas comunidades, ahora sobrecargadas de trabajo para procurarnos las horas de estudio e investigación.

Creo interpretar el sentir de las actuales alumnas de la Facultad de Filosofía y Letras, al prometer a Monseñor Félix Henao Botero que no defraudare-

Notas

mos sus esperanzas, sino que nuestra voluntad, secundada por la gracia de lo alto, hará que podamos devolver con intereses cuanto estamos recibiendo, a fin de que sin malgastar el tesoro de la verdad, lo pongamos íntegramente al servicio de Dios y de la Patria.

CARTA DEL CARDENAL PIZZARDO AL RECTOR DE LA U. P. B.

Roma 10 de septiembre de 1954

Carísimo y Reverendísimo Sr.:

Hemos agradecido vivamente la cortés misiva del dos de septiembre, con la cual su Señoría nos remite interesantes noticias relativas a la Universidad Pontificia Bolivariana y el programa de la semana dedicada a la celebración de la Universidad misma (del 12 al 19 de septiembre de 1954).

Con mucho agrado expresamos nuestra sincera complacencia y aplauso por el infatigable fervor de la obra realizada, dirigida a desarrollar constantemente el joven pero ciertamente valeroso centro de estudios.

Mientras de todo corazón imploramos las bendiciones celestiales sobre los superiores, profesores y alumnos del caro ateneo, formulamos fervientes votos para que el generoso pueblo colombiano aprecie siempre más y sostenga la benemérita Universidad Pontificia Bolivariana, síntesis feliz y emblema viviente de fé cristiana y amor patrio.

Con sentimientos de particular estimación, tengo el placer de reafirmarme de vuestra Señoría Reverendísima, dvmo. en J. C.:

Fdo.: Joseph Cardenal Pizzardo  
Sotto Sectr.

Al Ilustrísimo y Reverendísimo Señor:  
Mons. *Félix Henao Botero*  
Rector de la Universidad Pontificia Bolivariana  
Medellín

EL SR. NUNCIO DE SU SANTIDAD FELICITA Y BENDICE  
A LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA

Nunciatura Apostólica de Colombia  
Nº 2623

Bogotá, septiembre 6 de 1954

Ilustrísimo Monseñor:

Le agradezco el programa de la semana "Pro-Universidad" enviado con su tarjeta del mes en curso.



*Nota*

Formulo mis mejores votos por el más completo éxito y conforme a las crecientes necesidades de la benemérita Institución. De todo corazón bendigo a todos los que con generosidad contribuyan a la vida y al desarrollo de la Universidad, rogando a Nuestra Señora del Santísimo Sacramento, Patrona de ese Seminario de Ciencias y de profunda formación cristiana de tantos jóvenes, que continúe protegiendo con singulares gracias celestiales a la Universidad Bolivariana, a fin de que salgan de ella fieles e inteligentes servidores de la Iglesia y de la Patria.

Con esta oportunidad me es grato suscribirme con sentimientos de distinguida consideración, de Vuestra Señoría Ilma. affmo. en Cristo:

*Paolo Bertoli*, Nuncio Apostólico

Al Ilmo. y Revdmo.:  
*Mons. Félix Henao Botero*  
Rector de la Universidad Bolivariana  
Medellín